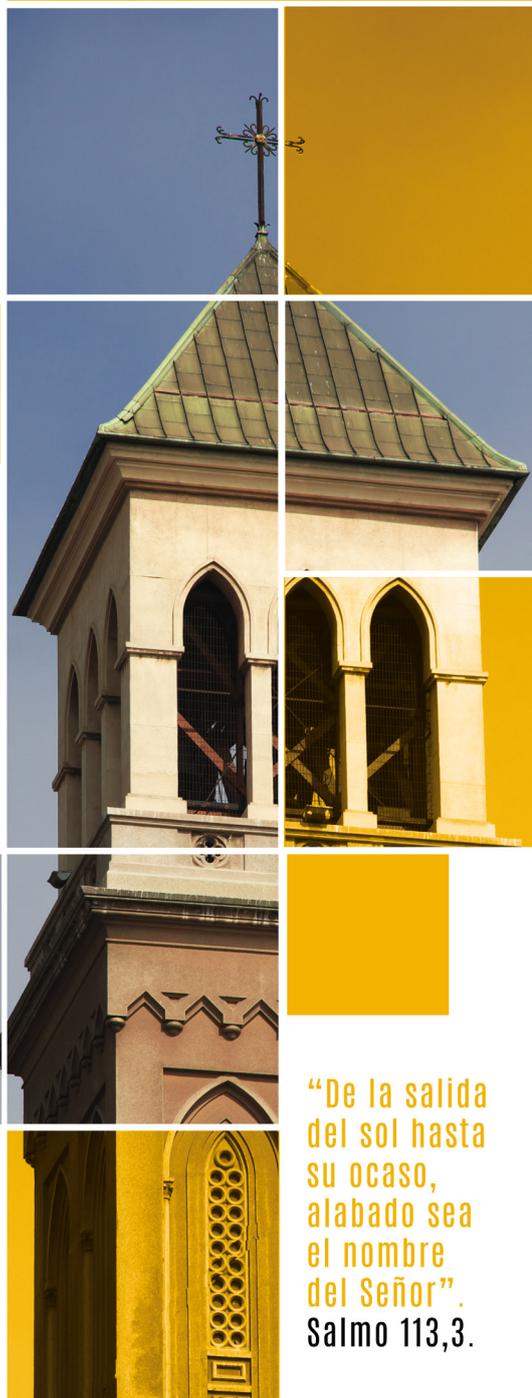


“CAMINAMOS
AL CENTENARIO
CON GRATITUD
Y ALEGRÍA”

CARTA PASTORAL DE MONSEÑOR
JORGE VEGA VELASCO
CON OCASIÓN DE LOS CIENTO AÑOS
DE LA DIÓCESIS DE VALPARAÍSO



“De la salida
del sol hasta
su ocaso,
alabado sea
el nombre
del Señor”.
Salmo 113,3.

**CARTA PASTORAL DE MONSEÑOR
JORGE VEGA VELASCO**
CON OCASIÓN DE LOS CIEN AÑOS
DE LA DIÓCESIS DE VALPARAÍSO

I. INTRODUCCIÓN

Queridas hermanas y hermanos:

1. Les escribo esta carta pastoral para invitarlos a celebrar el centenario de nuestra querida diócesis de Valparaíso, que fue erigida el 18 de octubre de 1925 por el Papa Pío XI, separándose así de la arquidiócesis de Santiago.

En estos primeros cien años, nuestra Iglesia diocesana ha sido testigo de la acción de Dios en medio de nuestro pueblo. En medio de las esperanzas y desafíos de cada tiempo y lugar, hemos perseverado en el don de la fe y en un vínculo de amor que nos ha hecho hijos e hijas de Dios y miembros de su familia. Por medio de la Palabra y de la Eucaristía, nos hemos constituido como cuerpo de Cristo y comunidad fraterna de oración. A través del anuncio del Evangelio, que nos ha hecho discípulos misioneros y servidores del Reino de los Cielos, hemos practicado la caridad en nuestras comunidades, especialmente hacia los más sencillos y desfavorecidos, buscando ser buenos samaritanos y constructores de una sociedad más justa y solidaria.

2. La presencia de la Iglesia ha encontrado tierra fértil en este valle del paraíso muchos años antes de la creación de la diócesis. En esta tierra bendita se organizaron misiones, doctrinas y parroquias para promover la evangelización. Luego, con la llegada de las órdenes mendicantes, las distintas congregaciones dedicadas a la educación y la salud, fueron instalando los cimientos de la Iglesia en esta zona, siendo auxiliados por laicos y laicas que tuvieron una participación relevante en la difusión de los valores evangélicos y carismáticos.

Por su parte, la llegada al Puerto de migrantes cristianos no católicos constituyó un lugar desafiante que sentaría las bases de lo que hoy conocemos como diálogo ecuménico.

3. El crecimiento de la población, las nuevas exigencias sociales y culturales y el paso del tiempo fueron llevando a la Iglesia a plantearse nuevas formas y métodos pastorales para la evangelización de un Puerto que cobraba gran importancia. Este movimiento permitió darle identidad y madurez a la Iglesia cumpliendo así el mandato misionero de Jesucristo de “ir por todo el mundo anunciando la Buena Noticia” (Mc 16,15).

4. Poco a poco, la Iglesia se fue transformando -desde su fragilidad y generosidad- en referente para los hombres y mujeres de esta zona. La torre del templo de San Francisco del cerro Barón, en Valparaíso, es una hermosa imagen que nos puede ayudar a reflexionar sobre el rol de la Iglesia como señora de caminos. Los navegantes antiguos sabían que estaban cerca de tierra firme cuando lograban visualizar la torre y decían: “Allí está Pancho, llegamos a Valparaíso”.

5. De esta manera, la consolidación de la Iglesia en la diócesis de Valparaíso fue tomando forma con la presencia de fieles en distintas estructuras y organizaciones relevantes. Muchas de esas obras siguen siendo pilares fundamentales de la región hasta el día de hoy como, por ejemplo, la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, que nació gracias a la generosidad de doña Isabel Caces de Brown y sus hijas, convirtiéndose desde 1928 una de las casas de estudio más prestigiosas de nuestro país.

También quiero hacer mención al Refugio de Cristo, fundación creada en 1952 por el padre René Pienovi

Masafierro, y que se ha convertido en un faro de esperanza para tantos niños y niñas en la historia de la diócesis.

6. Entre las tantas riquezas que tenemos en nuestra Iglesia particular, los invito a considerar a aquellos feligreses que están a miles de kilómetros del continente, y con quienes tenemos un fuerte vínculo espiritual. Me refiero a las comunidades católicas que habitan el archipiélago de Juan Fernández y Rapa Nui. La evangelización en esos territorios sigue dando fruto gracias al aporte de muchos que han querido llevar a cumplimiento la voluntad de nuestro Señor: “Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Noticia” (Mc 16,15).

Agradezco a todas las personas que han aportado desde las diversas realidades pastorales y culturales, en éstas y tantas otras iniciativas que, naciendo del seno de la Iglesia, son un aporte para los que vivimos en esta región.

II. MIRAR LA HISTORIA CON GRATITUD Y ESPERANZA

7. Desde los inicios de la diócesis, han sido múltiples los hermanos que han formado parte de esta porción del Pueblo de Dios y que han vivido con alegría su vida cristiana y eclesial.

Hago un recuerdo especial a los obispos que me han precedido y que nos han guiado con su magisterio y su cercanía: Eduardo Gimpert Paut, Rafael Lira Infante, Raúl Silva Henríquez, Emilio Tagle Covarrubias, Francisco Valenzuela Ríos, Jorge Medina Estévez, Francisco Errázuriz Ossa, Gonzalo Duarte García de Cortázar y Pedro Ossandón Buljevic.

También recuerdo a los sacerdotes que han acompañado con su ministerio y su entrega; a los diáconos, con su servicio y testimonio; a los consagrados y consagradas que han enriquecido con su carisma a la diócesis, sobre todo en las periferias existenciales de la región y en el silencio orante de los monasterios; y a los innumerables laicos y laicas que, con su apostolado, nos han iluminado con generosidad y fidelidad, mostrándonos el rostro misericordioso de Cristo.

Quiero destacar, a su vez, la labor de tantas familias de la Iglesia de Valparaíso que han transmitido la fe a sus hijos e hijas, y han ayudado al proceso de evangelización en la cotidianidad de sus hogares. Son esos hogares los que han aportado de manera fundamental al desarrollo de la fe de miles de creyentes que han entregado su vida al servicio y a su defensa durante todos estos años.

Ser una Iglesia Sinodal

8. Al cumplir cien años de evangelización

tenemos el gran desafío de perseverar en la esperanza, por eso los invito a renovar nuestro compromiso de ser una *Iglesia en salida*, que vaya al encuentro de todos los hombres y mujeres de nuestra región, especialmente de los más sufrientes y olvidados.

Una Iglesia diocesana *en salida* no se impone por decreto ni se hace desde la jerarquía, sino que supone la participación de todos los miembros del Pueblo Santo de Dios. Mirar afuera de la Iglesia significa, entre otras cosas, amoldarnos en la cercanía y en el servicio “de los últimos”, especialmente cuando estos están sin trabajo, enfermos, solos, ancianos o desvalidos. Acogiendo el llamado del Papa Francisco en sus encíclicas *Laudato si’* y, más recientemente, en *Laudate Deum*, hemos de luchar contra “la cultura del descarte” que atenta contra las personas y las cosas, pues antepone el “consumir y tirar” al “reducir o reutilizar”, valorando a cada cual como un don sagrado de Dios y cuidando de los bienes materiales y espirituales que Dios nos ha regalado.

9. Al celebrar el centenario, queremos ser una *Iglesia diocesana sinodal*, ya que «todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Co 12,13). Esto nos lleva a vivir con verdadera corresponsabilidad y comunión la vida de nuestra diócesis, comunidades y parroquias, con los carismas que el Espíritu ha dado a cada uno de nosotros.

10. Es Él quien nos impulsa a la *misión* para anunciar y encarnar el Evangelio en todas las dimensiones de la existencia humana, invitándonos a vivir en comunión a través de la Eucaristía. Y recordarnos, que es Él el que hace de la Iglesia un cuerpo “bien ajustado y unido” (Ef 4,16) en Cristo, capaz de caminar juntos hacia el Reino.

Ser una Iglesia Servidora

11. Los invito a que en este espíritu seamos, también, una Iglesia servidora al modo de Jesús, que se inclinó para lavar los pies a sus discípulos (cf. Jn 13, 1-11); a prestar oído a lo que nos dice el Espíritu por medio de la escucha atenta de la Palabra y de los acontecimientos de la historia. Estar disponibles para la atención del Pueblo de Dios es una gran responsabilidad, porque los hermanos y hermanas que nos precedieron en esta diócesis han dejado en este tema, un legado profundo y duradero, que nos debe mover a renovar en cada uno de nosotros la vocación a vivir disponibles y alegres para todos nuestros hermanos.

12. Este tiempo de preparación del centenario, será también la ocasión para pedir perdón a Dios por nuestros pecados y faltas que han herido su amor y a su pueblo. Es imposible avanzar hacia los cien años si no reconocemos nuestras debilidades y limitaciones, nuestras infidelidades, omisiones, divisiones y conflictos. No podemos pasar por alto el sufrimiento de la Iglesia diocesana, a propósito de los casos de abusos clericales contra menores y personas vulnerables. Ha sido un gran dolor para todos, por esa razón debemos seguir buscando caminos para no volver a repetirlos.

Tenemos una tarea en conjunto: hacer que nuestra Iglesia sea un lugar de paz y esperanza, de respeto y cuidado. En su *Carta al Pueblo de Dios que peregrina en Chile*, el Santo Padre Francisco nos ha indicado el camino: “Un reconocimiento que quiere ser más que una expresión de buena voluntad hacia las víctimas, más bien quiere ser una nueva forma de pararnos frente a la vida, frente a los demás y frente a Dios” (n. 4). Aun así, queremos renovar nuestro compromiso con el Señor y con su Iglesia, siguiendo el ejemplo de María, la Estrella del Mar, que nos acompaña con su maternal protección.

III. ENFRENTAR LOS DESAFÍOS CON ALEGRÍA

13. Para seguir caminando y enfrentar estos cien años, queremos proyectar nuestra mirada hacia el futuro con alegría y esperanza, sabiendo que Dios tiene planes de paz para nosotros (cf. Jer 29,11). Respondamos con generosidad a los desafíos que se presentan en nuestro tiempo, especialmente a la urgencia de una nueva evangelización que ilumine las mentes y los corazones con la luz de la Palabra de Dios.

Frente a las exigencias de los nuevos tiempos y a la escucha de la voz del Espíritu, estamos llamados a encontrar otras modalidades de proximidad y cercanía para reunir a todos los hijos de Dios que son parte de nuestra diócesis. Con franqueza debemos reconocer que algunas veces, y a pesar de los muchos esfuerzos realizados, no hemos cumplido con las expectativas de aquellos que se han alejado de la Iglesia y que hoy miran desde lejos nuestra pastoral. Ellos también nos exigen propuestas pastorales diversas, para que nuestro actuar tenga real incidencia en los corazones de todos.

14. Uno de los principales desafíos para este centenario, es recordar que todos tenemos una gran responsabilidad frente al anuncio del evangelio y la vivencia de una fe que invite a testimoniar con obras concretas el mensaje del Reino de Dios. Por esa razón, hago la invitación a asumir con valentía nuestro rol de testigos de Cristo en medio de las diversas realidades diocesanas que desarrollemos.

Quiero invitar especialmente a las comunidades cristianas de nuestra

diócesis, a vivir su vocación de testigos y a salir de sí mismas para ir al encuentro de aquellos que, por distintas razones, no han experimentado el amor de Dios. Debemos ocuparnos, preferentemente, de los más jóvenes, con cercanía, pero sobre todo con respeto por sus búsquedas y sus interpelaciones. Ellos deben encontrar en la Iglesia del tercer milenio su lugar, su espacio para desarrollar su experiencia de encuentro con el Señor. Si para nosotros Jesucristo y su mensaje han sido una revolución de amor que alegra el corazón, ¿por qué no compartir este gozo con los demás? Es apremiante que nos esforcemos en “pensar” y “actuar” desde una nueva evangelización que responda a los tiempos actuales, desafiando el desánimo y la desesperanza.

15. Junto a las comunidades, también quiero invitar a las familias de nuestra diócesis a ocupar el importante lugar que tienen en el proceso de evangelización. Por eso les pido con urgencia el compromiso de orar y promover entre sus hijos e hijas las tan anheladas vocaciones para el servicio de la Iglesia. Cada día es más evidente la crisis de vocaciones y necesitamos sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, monjes y monjas, que sirvan al santo Pueblo de Dios al modo de Jesús.

16. Con afecto hago un llamado a quienes participan de la gran diversidad de movimientos eclesiales, a los peregrinos de los distintos santuarios que protegen nuestra diócesis, a los bailes religiosos, todas expresiones riquísimas de la piedad popular y eclesial. Les pido que desde cada una de sus miradas nos ayuden al encuentro sencillo pero profundo con el Padre, para redescubrir el vínculo fraterno y comunitario que brota de la fe en un Dios que se encarna y no nos abandona.

17. Invito también a nuestros hermanos y hermanas que, en el silencio de

su oración, se consagran en la vida monacal. Con admiración y cariño quiero agradecerles su fidelidad y oración por toda la Iglesia de Valparaíso. Les pido que, en este tiempo y según sus carismas, sigan ofreciendo su vida de total entrega al Padre en gratitud por todo lo que ha hecho y seguirá haciendo en medio de nuestra diócesis.

18. Como Pastor hago un llamado especial a los educadores cristianos, para que todas sus acciones estén inspiradas en lo que nos propone el Papa Francisco en el Pacto Educativo Global: poner a la persona en el centro, escuchar a las nuevas generaciones, promover a la mujer, responsabilizar a la familia, abrirse a la acogida, renovar la economía y la política, y cuidar la casa común. De esta manera podemos crear una “aldea educativa”, donde la diócesis sea lugar de encuentro con Jesús para los estudiantes confiados a ustedes.

19. Durante estos cien años, la Iglesia de Valparaíso no hubiera podido realizar su trabajo si no se vinculara con los distintos actores de la sociedad civil. Por esa razón, quiero agradecer a todos los hermanos y hermanas de buen corazón que han posibilitado la realización de nuestro trabajo diocesano a través de sus diversas organizaciones e instituciones.

En mis últimos encuentros con líderes sociales y políticos de la región he advertido que desean, entre otras cosas, promover el bien común, el respeto por la dignidad de la persona humana y el diálogo como principio de fraternidad y colaboración. Me parece necesario seguir trabajando juntos por la concretización de esos anhelos y la construcción de un futuro mejor para las ciudades y localidades de nuestra hermosa región.

IV. UNA IGLESIA DIOCESANA PARA TODOS

20. Si la Iglesia universal es un lugar para todos, nuestra diócesis ha de ser la manifestación concreta de ese sueño de Jesús. La historia nos ha demostrado que han existido esfuerzos en esta línea. Por esa razón, deseo que juntos continuemos en esa senda, destacando algunas proyecciones del trabajo pastoral para los próximos años.

21. Invito a que podamos preocuparnos prioritariamente de los niños, niñas y adolescentes de la región, que son el presente y futuro de nuestra Iglesia. Desde hoy ya deben asumir su lugar para renovar la Iglesia de Valparaíso con creatividad, con alegría, y al lado de Jesús, que nos recuerda en el Evangelio: “Dejen que los niños vengan a mí” (Mt 19,14).

En este sentido, las catequesis de iniciación cristiana y los grupos de infancia misionera son espacios ideales para que estos hermanos reciban un sólido acompañamiento en la fe que los transforme en agentes de cambio dentro y fuera de la comunidad eclesial.

22. También quiero destacar la labor de nuestros mayores. Ellos han sido eficaces transmisores de la fe a las nuevas generaciones. Les ruego que no decaigan en este empeño, y que, por el contrario, redoblen la necesaria oración que puede renovar el impulso misionero de nuestra diócesis.

En mis recorridos por las distintas comunidades veo a abuelos y abuelas que con alegría y entusiasmo acompañan a sus nietos en la fe. Los animo a que no renuncien jamás a esa labor. Sean fieles a Jesús hasta el final. Es la mejor herencia que pueden dejar a sus familiares.

Es hermoso contemplar este cruce generacional entre jóvenes y ancianos. El Señor espera que los jóvenes custodien la memoria de sus mayores, y que honren la fe de sus antepasados.

23. De igual manera, quiero valorar el rol de las mujeres en la Iglesia. Para nadie es un misterio que la presencia femenina en parroquias y comunidades es muy superior a la de los varones.

Cuando visito las parroquias para administrar el sacramento de la Confirmación, por ejemplo, me encuentro con innumerables mujeres líderes de distintas edades que son el motor en numerosas iniciativas pastorales. Ellas son una fuente de santidad e inspiración para la Iglesia.

Por eso les pido que no claudiquen en la hermosa tarea de animar con espíritu fiel a nuestras comunidades. No teman asumir nuevas responsabilidades poniendo al servicio de la comunidad sus talentos, creatividad e inteligencia. “La Iglesia reconoce el indispensable aporte de la mujer en la sociedad, con una sensibilidad, una intuición, y unas capacidades peculiares” (*Evangelii Gaudium* 103). En este sentido, invito a quienes hoy tenemos responsabilidades de conducción en la diócesis a abrir nuevos caminos para que las mujeres tengan una participación real y concreta en la toma de decisiones eclesiales.

24. Pongo mi atención, también, en el mundo del trabajo. Ustedes, trabajadores, que día a día se esfuerzan por llevar el pan a su mesa, son un claro ejemplo de fortaleza y sacrificio. El trabajo bien hecho es una de las mejores maneras para santificar la vida y educar a las nuevas generaciones en los valores que construyen una mejor sociedad.

Elevo una plegaria por quienes, producto de las crisis sociales y económicas, no encuentran un lugar para trabajar. Para la Iglesia, el trabajo digno es un derecho

fundamental donde se realiza la dignidad de la persona humana. Por eso, la Iglesia no puede permanecer impávida frente a las altas cifras de desempleo y de trabajo informal. Urgen políticas públicas que promuevan el trabajo digno y con pleno respeto por las personas.

Felicito y animo a quienes dan trabajo, especialmente a los emprendedores. Conozco de sus esfuerzos y de las muchas dificultades que deben enfrentar. A veces, la burocracia y la inestabilidad económica los desalienta. Sin embargo, les pido que sigan el ejemplo de San José que, siendo un fiel trabajador, cuidó de la Virgen y del pequeño Jesús.

A todos les pido que se comprometan a ver en los otros al mismo Cristo: "Porque en el trabajo libre, creativo, participativo, y solidario el ser humano expresa y acrecienta la dignidad de su vida. El salario justo permite el acceso adecuado a los demás bienes que están destinados al uso común" (*Evangelii Gaudium* 192).

25. A los hermanos migrantes, les ruego que nos ayuden a ser una Iglesia sin fronteras, para que acogamos al que llega como un don, con su historia, culturas, riqueza espiritual y expresiones de rica piedad popular. Esto nos permitirá ir "extendiendo el espacio de la tienda" (Is 54,2) para que todos encuentren en ella su lugar.

26. A los hermanos y hermanas que están pasando por un momento de fragilidad en su salud física, mental y espiritual, los invito a que miren a Jesús en la cruz, y que en la oración profunda encuentren el alivio y la esperanza. La enfermedad no es ni debe ser interpretada como un castigo. Por el contrario, a través de ella el Señor nos habla y nos da el tiempo para reconocer lo maravillosa que es la Vida.

Ustedes son un gran aliento para el pueblo de Dios que peregrina en Valparaíso. Les pido que ofrezcan sus dolores por nuestra

Iglesia. En este tiempo, y más que nunca, su plegaria es necesaria para asumir responsablemente los desafíos que esta época nos exige.

27. Con afecto paternal pido que no olvidemos a los pobres de nuestra diócesis, que muchas veces evitamos mirar. Ellos nos interpelan desde su precariedad a que hagamos gestos concretos que consisten en buenas obras y vivir con justicia.

Enseñennos ustedes a reconocer nuestras pobrezas para que seamos capaces de ir al encuentro de los pobres. Y que profundicemos en el valor de la solidaridad, para que todos nos sentemos a compartir la mesa.

28. Nuestra comunidad diocesana no estaría completa en esta convocatoria para celebrar este camino al centenario, si no envío mi paterno saludo a esos hermanos y hermanas que en estos años se han ido de la Iglesia, muchas veces por nuestra causa, por nuestras faltas de verdadero testimonio cristiano.

En este tiempo queremos con humildad y sencillez ponernos al servicio y hacer lo posible para tender puentes que permitan la vuelta a la casa paterna. Hago mías las palabras del Papa Francisco: «Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: "¡Dadles vosotros de comer!" (Mc 6,37)» (*Evangelii Gaudium* 49).

V. CONVOCATORIA

29. He compartido estas reflexiones con ustedes para convocarlos a participar activamente en las diversas actividades que se realizarán durante este tiempo del centenario. El 2024 será un tiempo de reflexión y preparación al centenario propiamente tal, y su inicio formal será el **08 de diciembre de 2024 con una solemne misa en el Santuario Mariano de Lo Vásquez y terminará el 08 de diciembre de 2025 con una gran fiesta diocesana en el campus eucarístico del mismo Santuario.**

Para conocer mayores informaciones del calendario 2024, los invito a estar atentos a nuestros medios formales de difusión, especialmente a nuestra página web www.obispadodevalparaiso.cl y **Radio Stella Maris.**

Queridos hermanos y hermanas, celebremos con alegría este centenario, dando gracias a Dios por su fidelidad y pidiéndole su bendición para nuestra misión. Que la Virgen del Carmen, patrona de la diócesis, sea nuestra estrella que guíe a la Iglesia en Valparaíso.

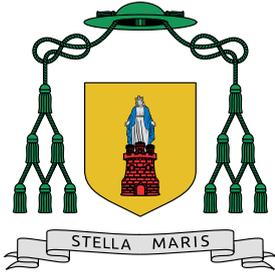


+Jorge Patricio Vega Velasco svd
Obispo de Valparaíso

Obispado de Valparaíso

Dirección: Chacabuco 1701
Teléfono: 32225538
Correo electrónico:
comunicaciones@obispadodevalparaiso.cl

www.obispadodevalparaiso.cl



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO